

Desmemorias de un periodista del siglo pasado

Por Antonio Grijalba

En junio del 73 llegué a La Voz de Almería como un joven pasotilla, que pronto se topó con las viejas estructuras, presentes en toda la actividad informativa. Los bajos de un caserón decimonónico, en la esquina de General Segura con la Rambla, albergaban la redacción y administración – comparables a la oficina siniestra de La Codorniz – y unos talleres de museo, con impresora rotoplana y fotograbado de arco voltaico.

Había un director con cara de pocos amigos y media docena de periodistas, el que menos con medio siglo a sus espaldas. La excepción eran dos alumnos en prácticas, uno de los cuales renunció en desacuerdo con la política informativa (Prensa del Movimiento) y el otro, ávido de sucesos y novedades tecnológicas, escuchaba la radio de la Policía y llevaba su máquina de escribir eléctrica incluso a pedanías donde no había corriente.

También conocí al hijo del redactor deportivo, que colaboraba con él y se hizo fijo, tocando temas muy diversos como todo el que ha trabajado en un medio pequeño. Era un poco más joven que yo y había vuelto de completar su formación matemática en Granada. Del padre había heredado el tesón, sentido del deber y capacidad de trabajo. Agarraba una de aquellas viejas Underwood y no había un dedo más rápido al oeste del Andarax.

Su carácter amable, servicial y campechano le permitía hacer amigos en seguida. Uno de ellos, al que conocí estudiando, nos invitó ese otoño a pasar unos días en Logroño y, con ayuda de los caldos riojanos, demostré mi habilidad para meter la pata. A la vuelta nos esperaban acontecimientos como las inundaciones de octubre, la muerte de Carrero y un nuevo director, que cambió de arriba abajo el periódico y lo llevó a la carrera de Montserrat, pomposamente rebautizada como avenida.

En las nuevas instalaciones compartimos la segunda etapa de la Hoja del Lunes (1975-78) hasta que los grandes editores liquidaron la pausa dominical. Tras el otoño de Franco, los veranos con Suárez en Cabo Gata y el compromiso de una Transición mal comprendida por políticos que no la vivieron en persona. Nosotros sí vivimos el final de la prensa pública, el intento primero de UCD y el definitivo del PSOE en el 84.

Vendida La Voz, el personal de más edad pasó al retiro y el resto a organismos públicos. Yo aterricé en la Junta y mi colega en Hacienda del Estado, donde encontró el amor de su vida. Pero el trabajo burocrático no colmaba sus dotes de organizador y entró en la directiva de la Asociación de Periodistas, convirtiéndose en su espina dorsal durante un cuarto de siglo, bajo dos presidentes.



Cómo será de eficaz, que en medio año no se ha encontrado quién pueda relevarle al frente de la Secretaría. Siempre dispuesto a facilitar un trámite, dar información o echar una mano a quien lo precise, con una sonrisa y un apretón o palmada. Pero, llegado el caso, también sabe poner en su sitio a quien se pase de listillo. ¡Pues no es nadie... Jo... (soy un desastre para los nombres) Jose... Jose Manuel Román!